

Pedro dejó caer sus brazos, que temblaban bajo la presión de las manos de Teresa.

— Tienes razón, dijo.

Estaban en pie uno delante del otro, retemblando; sus ojos no podían separarse. Una sombra pasó por los de Teresa, y sus hermosas manos bajaron suavemente á lo largo de los brazos de su novio.

— Escucha, le dijo. Vamos á ser unidos dentro de un rato... ¿Quieres que esta unión se efectúe para mí en plena paz de mi corazón?

— Sí.

— Pues bien : ¿ me has dicho cuanto tenías que decirme, verdad ?

— Todo, contestó Pedro.

La inmovilidad de su semblante, después de la intensa emoción de su mutuo abrazo, era tan absoluta, que Teresa se sintió angustiada. Insistió :

— ¿ No me ocultas ya nada ?

Pedro contestó :

— ¡ Nada !

## SEGUNDA PARTE

---

### I

*Aaberg, 19 de agosto.*

« Su carta de usted, mi querida Leona, me ha seguido en las etapas de nuestro viaje de bodas. El sobre merecería ser expuesto en un museo de correos; y, por todos los cambios de dirección que lo adornan, prueba la solicitud internacional de la administración. Holanda, Devonshire, País de Gales, Escocia, y, por último esta Noruega incomparable que dejaremos sólo por volver á Francia en el otoño : ese fué el itinerario seguido, detrás de nosotros, por las ocho páginas que me traen hasta aquí la ternura del corazón y el encanto de la inteligencia de usted. ¡ Pero qué bien escribe usted, amiga mía ! ¿ Cómo no

infundió usted un poco de ese talento á su discípula Teresa ? ¡ Yo me aplicaba mucho, sin embargo, y usted no escatimaba su trabajo cuando yo hacía ejercicios de estilo bajo su dirección ! Pero me faltaba el don. Yo escribía « demasiado preciso » ; no sabía llenar páginas con inutilidades agradables y brillantes, como esa perezosa de Susana,

« ¡ Ah, qué buenos tiempos aquellos en que el estudio de pintor era todavía sala de estudios, en donde miss nos gobernaba ! Mucho me acuerdo de aquellos buenos tiempos...

« Para amarlos ; no para echarlos de menos.

« Porque sigo siendo feliz. Sí, querida Leona, más feliz que la víspera de mi casamiento. Bien veía yo que usted dudaba entonces de que una tal dicha fuese duradera, y me ponía usted en guardia contra las desilusiones del día siguiente. ¡ Tantas veces, decía usted, había visto la brillante fogata de las vísperas de boda, aplanarse y apagarse después del « sí » recíproco, apagarse en el tedio, simplemente, tristemente !... Consistía eso, mi querida miss, en que los futuros esposos á quienes usted había visto no sabían lo que es el amor, como tampoco usted lo sabe, pues de esto no entiende usted mucho. Mi dicha de hoy no es menos intensa ni menos exaltada que antes del « sí ». Es solamente... ¿ cómo diré ? menos nerviosa, más consciente, más estable. Y también es más profunda, justamente porque la comprendo mejor.

« En vísperas de mi casamiento, sentía una especie de adivinación, una adivinación que me encantaba,

una impaciencia que me embriagaba ; corría yo con afán hacia lo que presentía que es la dicha. Hoy, si yo no escuchara sino mi deseo y mi egoísmo, quisiera parar el tiempo. De acuerdo con Pedro, hemos suspendido nuestro viaje ; nuestra morada es el lugar más solitario, más desprovisto de toda diversión ; la orilla de uno de esos lagos que coronan la cresta montañosa entre los dos países escandinavos. Una aldeíta de pescadores y de leñadores, quinientos habitantes á lo sumo, de los cuales las tres cuartas partes son mujeres, niños ó viejos, pues muchos hombres adultos navegan lejos ; en esa aldeíta, una modestísima « villa » habitada ha poco por un pastor protestante, y, como sirvientes, Gertrudis y dos chicas del país. Hé aquí adónde ha venido á parar nuestro periplo : al mayor silencio, al mayor aislamiento, á la mayor cantidad posible de vida uno frente al otro, lejos de todo.

« Y la oigo á usted, amiga mía, preguntarme, con su palabra precisa y su mirada penetrante, como en víspera de mi boda : « Pero, ¿ en qué consiste esa felicidad ? » Y también adivino que usted me desdena un poco, usted que no cree sino en los goces del espíritu, en los fervores de la amistad ; usted para quien el amor no es sino una esclavitud de la voluntad, causada por una fiebre física. Algo así era yo. En los últimos días de mi noviazgo, sentía por momentos cierta vergüenza de mi fiebre. Pues bien, hoy, á consecuencia de la revolución causada en mí por el matrimonio, queda abolida esa vergüenza. Me enorgullece el no

ser una fría inteligencia, una forma insensible, sino totalmente *una mujer*, que recibe y da la dicha absoluta, que pronuncia en su sentido completo, ferviente y sano, la hermosa palabra de amor. — Ahora, querida amiga, comprendo el pensamiento de Pascal, en la que ambas nos obcecábamos y que nos irritaba: « Ni ángel ni bestia ». Por la unión física tendemos, Pedro y yo, hacia la unión moral absoluta. Todavía no está realizada: veníamos de muy lejos uno y otro; pero cada día que pasa nos acerca más á ella, y también esto es embriagador.

« ¿ Sigue usted sonriéndose con desdén, querida amazona de mejillas coloradotas? ¿ Sigue usted murmurando: « Me han cambiado á mi Teresa? »

« Voy á ganar de nuevo terreno en su estima de usted, añadiendo: Nuestra dicha, que es absoluta, la siento criticable sobre un punto: es egoísta. Hágame el honor de creer que sigo siendo lo bastante lúcida para condenar ese egoísmo. Por muy dichosa que sea aquí, no aceptaría toda una vida de semejante felicidad. Pedro, sí la aceptaría, ó, al menos, así lo cree en este momento, y me lo dice. Pero yo me reprocharía el confiscar en mi solo provecho la fuerza intelectual y social que él encarna; y, aun yo misma, soy demasiado su discípula de usted, me he asimilado demasiado su disciplina moral, tan generosa, para que, andando el tiempo, no acabara por remorderme una vida exclusivamente orientada hacia mi felicidad. No quiero esperar ese minuto; dejaremos Aaberg en plena dicha. Quiero que el abandono de esta soledad

sea un arrancamiento. De sobra sé que he de llorar al pasar el umbral de nuestra casita; pero es preciso que así sea...

« Hemos fijado nuestro regreso á Francia para el 15 de septiembre. Por no exponerme á ser cobarde y á volverme atrás á último momento, he, de antemano, invitado á muchos amigos, á más de mi padre y de Susana, á que vayan á reunirse con nosotros en Roquesón, durante la época de la vendimia.

« Quiero que Pedro vuelva á entrar francamente en la vida social. No quiero hacer de él esa cosa novelesca é inútil: un amante. En cuanto á mí, he resuelto ser de nuevo una mujer como las demás. Nuestra soledad de esposos es hermosa, sana, legítima; la adoro; pero no puede, no debe durar.

« Si interrumpiera aquí mi carta, querida miss, faltaría á nuestro pacto de sinceridad. Sigue existiendo, y usted me lo prueba al reñirme por lo que llama mi « submersión en el amor conyugal ». Seré leal, como usted. No atribuya usted al solo hastío del egoísmo mi resolución de regresar pronto. Hay también en ello una razón de razón, menos heroica. Soy feliz: pero no estoy curada de esa vaga ansiedad de que le hablaba yo á usted antes de mi casamiento. El presente me angustia por el porvenir. El recuerdo de los lazos que me tendieron durante nuestro noviazgo, me preocupa. ¿ Por qué tantas hostilidades confusas habrían desarmado desde que Pedro está ausente? Es tan ruda la lucha, me dicen, en las empresas modernas en que están comprometidos grandes intereses,

que competidores vencidos ó simplemente amenazados no retroceden ante las peores calumnias para hundir el crédito del contrario. ¿Qué traman, hoy, lejos de nosotros? No me atrevo á preguntar á mi marido sobre esto, lo cual le demuestra á usted bien que esa unión, esa fusión de almas, hacia la cual tendemos, aún no se ha efectuado. Pedro está de tal manera por encima de mí por el espíritu, por la fuerza, por el atrevimiento, que vacilo en descubrirle mi pusilanimidad, y me callo. Me hundo en el presente delicioso. Con Pedro cerca de mí, nada temo. Pero los escasos minutos en que me encuentro sola, son estropeados por esta ansiedad. « ¿Qué nos reserva el porvenir? » Angustia extraña, que nada justifica: rescate, quizá de una dicha demasiado intensa. Por instinto tememos la rebelión del destino. Por otra parte, ¡Pedro está tan tranquilo, tan seguro de él, tan robusto!... ¿Qué cábalas podrán prevalecer nunca contra esta energía, que, hasta ahora, ha triunfado de todo? De todas maneras, cuando, ya de regreso á París, vivamos la vida normal de la mayoría, estará él en mejores condiciones para burlar á quienes quisieran atajarle el paso. No quiero que enemigos liliputienses, pero temibles por su número, aten á este gigante mientras esté durmiendo contra mi corazón...

« Y no hay más, mi querida Leona. Ahora conoce usted ya el fuerte y el flaco de su Teresa de usted. Ni ángel ni bestia... Como todas, salvo usted, que es, bien lo veo, mucho más ángel que yo. Pero sé que me quiere usted lo bastante para amar mi felicidad, aun

sin comprenderla. Tenga por seguro que no me hace olvidar nuestra amistad. Después de mi marido, no hay, en mi familia más cercana, nadie á quien yo quiera tanto como á usted, ni en quien piense con tanta frecuencia. Si no conservara su afecto, algo faltaría á mi goce. Escríbame usted más, siquiera una vez, antes de que dejemos á Aaberg. ¿Quéda prometido, verdad?

« Pedro se pone á los pies de usted, y, yo, la abrazo.

« TERESA. »

« P. D. — Sí, querida miss, una postdata, á pesar de todas las reglas de correspondencia que usted me enseñó. Y es que me doy cuenta, al releer mi carta, de que no le doy á usted noticia alguna de los seres por quien usted me pregunta; y, sin embargo, ninguno me es indiferente. De modo que, mi padre y Susana están en Trouville, en donde el barón Moulier (quien me parece que gana terreno cerca de mi linda hermana) ostenta su elegancia. La señora Chrétien y Magencio viven en Roquefón. Magencio ha estado bastante enfermo después de mi casamiento. Apuesto á que va usted á pretender que ha sido por desesperación de amor... : no, mi buena Leona, fué sencillamente por exceso de trabajo, neurastenia, etc. Los médicos le han mandado salir de París, y Pedro ha ofrecido á la madre y al hijo una antigua habitación de administrador, en el parque de Roquefón. Parece ser que seis semanas de Gascuña han restablecido ya al enfermo.

« Los Hemery, después de algunos remilgos que yo atribuyo á sobrada reserva, me han prometido reunirse con nosotros en Roquefón para la vendimia. Archeres y Pontmagne están invitados también. No carecerá usted, pues, de compañeros de juego ni de galanteadores.

« Otro beso.

« T. »

II

Roquefón, el castillo y el pueblo del mismo nombre, al cual se adosa el castillo, coronan una de las más altas colinas del Albret. En pie desde el siglo XI, el castillejo domina toda la comarca; y, según es fama en aquel lugar, desde su tejado se pueden contar cien campanarios de los alrededores. Desde la terraza principal, mucho menos elevada, y que data solamente del siglo XVI, el paisaje, oculto hacia el norte por la arboleda del parque, se abre, inmenso aún, hacia el mediodía. Primero ondula formando laderas sonrientes cargadas de maíz, de huertos y de viñas, entrecortadas por casas de labranza y por bosquecillos; luego desciende suavemente hacia el obscuro océano de los pinares. Levantados por pintorescas olas (pues esas landas de Gascuña son accidentadas), los pinares parecen cerrar á modo de círculo todo el fondo. Por encima de su más lejana línea, al amanecer ó al caer

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

el día, cuando está poco seguro el tiempo, vese surgir una formidable cresta de picos blancos ó negros, de cimas recortadas como encajes, unas veces como una masa parda sobre el cielo de turquesa, otras veces destacándose netamente, como si, de golpe, quedara abolida la distancia... De repente, un juego de luz ha alzado y acercado mágicamente la barrera meridional de Francia : los Pirineos.

Años antes, cuando Pedro Hountacque, chicuelo mal vigilado, y, además, difícil de sujetar, correteaba libremente en torno de la finca paterna, ¡ cuántos nidos de mirlos había cogido en los árboles de Roquefón, que entonces eran como una selva virgen, cuántos saúcos había descortezado, cuántas manzanas verdes había arrancado y comido! Intrépido, aunque siempre en acecho contra toda quiebra posible ¡ cuántas veces había subido al catillejo desierto, penetrando, con riesgo de romperse los huesos, en las salas en que, á pesar de los años, aún se mantenían firmes las vigas de roble; no obstante, por algunas resquebraduras asomaban ramas de arbutos... Al pie de una de las torres bajas que miraban al norte, se abría un abismo, que, según el decir de aquellas gentes, era el lugar de los calabozos del castillo : el indomable chiquillo había robado un día una larga escalera del carpintero de Roquefón para bajar hasta allí... Los colonos del vecindario conocían bien al pequeño Hountacque, el señorito de la Bordeneuve. Le temían al mismo tiempo que admiraban su gracia y

su atrevimiento. Familiar con ellos, pero sin olvidar nunca que él era un señorito, muchas veces, en las mañanas de verano, comía en la mesa de ellos la sopa de legumbres antes de ir á ayudarles en el desgranamiento del trigo. Entonces les decía : « Cuando yo sea un hombre compraré el castillo y lo haré reconstruir. Luego haré plantar nuevamente el parque, y todo estará más hermoso que en tiempos de La Hire. » Los colonos se reían... « ¡ Rehacer el parque, señorito Pedro! Reconstruir el castillo. ¡ Todo el dinero de los banqueros de Agen sería poco !... »

El hecho es que el joven Hountacque, después de haber desaparecido de la comarca desde hacía más de veinte años, volvió á ella. Compró el castillo y las tierras, restauró lo que estaba ruinoso, y repobló el inmenso parque. La vida palpitaba de nuevo detrás de las piedras memorables, la vida moderna, con la electricidad, el agua en abundancia, los automóviles y el teléfono. El pueblo agonizante de Roquefón, pegado á los contrafuertes del viejo castillo regenerado, había, él también, resucitado. El dinero ganado durante la reconstrucción había esparcido bienestar, alimentado por los turistas desde que las guías Baedeker y Joane aconsejaban la visita de Roquefón, « uno de los más completos ejemplares de la arquitectura local entre el siglo XI y el XVII ».

En aquella feliz región del Albret, en donde todas las estaciones del año son clementes, la estación por excelencia es la juventud del otoño, el bendito tiempo

de la vendimia. Entonces se modera el excesivo ardor del sol; su luz, menos cegadora, da más valor á los detalles de los sitios. Las viñas amarillean, enrojecen, azulean, según las cepas, y extienden en las laderas como un tapiz de tonos maravillosos. El horizonte verde oscuro de las landas, un poco confuso cuando vibraba por encima de ellas el esplendor de julio, precisa sus planos sucesivos bajo una claridad dorada, singular, verdaderamente especial de ese rincón del mundo. Y, casi siempre, la cadena pirenaica se dibuja en el fondo del paisaje, acabando un conjunto pintoresco que no se parece á ningún otro; participando de la dulzura toscana en los horizontes cercanos, y, en los lejanos, de la majestad de las montañas.

En medio de un mes de septiembre de semejante belleza, fué cuando Pedro condujo á su joven esposa á aquel Roquefón, en donde por primera vez se habían encontrado, donde el destino los había ofrecido el uno al otro. Susana se había reunido allí con ellos, seguida pronto por el barón Moulier, del cual parecía ella aceptar, cada vez más, las atenciones. Luego vinieron Hemery y su mujer. La señorita Bricart, provista de un permiso para varias semanas, había llegado al castillo así como Pontmagne, hacia fines de septiembre. Por último, á principios de octubre, cuando los carros uncidos de parejas de bueyes conducían á los lagares los últimos cargamentos de cuévanos llenos, llegó Ludovico Archeres, el poeta compositor amigo de los Dautremont, quien, durante todo el invierno y toda la primavera, había triunfado en los teatros mundanos

de París. Y se esperaba al señor Dautremont que vendría de Prevannes.

El último día de vendimia fué de aquellos en que la calidad de la luz, en Gascuña, alcanza un esplendor tranquilo, de magnífica serenidad.

— ... La serenidad, ese es el carácter de este país en esta estación. Desde la hora meridiana en que estamos, la dorada tranquilidad de la tarde comienza su encanto.

Así hablaba Archeres al barón Moulier. Fumaban, sentados en sillas rústicas, al pie de la terraza Luis XIII. Un olmo gigantesco, plantado, decía la leyenda, por Margarita de Valois, daba sombra á este ángulo sur del castillo. Enfrente, otros olmos, plantados al tresbolillo, refrescaban el prado, y tanta sombra recomendaba este rincón á los huéspedes de Roquefón, después de la comida del mediodía. Allí se servía el café á aquellos que no se habían quedado en el salón jugando á las cartas. Hoy, Pedro Hountacque, el señor Hemery, Pontmagne y la señorita Bricart habían empezado una partida. Al pie de la terraza, sobre la mesa trenzada con ramas de castaño, de la que ya habían sido quitadas las tazas, aún quedaban frascos de licor y copitas; también había algunos diarios. Teresa, con traje « corte de sastre » de color oscuro, bordaba á orilla de la mesa, inclinando su hermoso rostro sobre el cuadrado de hule. Susana, rubia y fina, muy parisiense y pareciendo siempre engalanada á pesar de la sencillez de su traje, hojeaba una revista junto á la señora de Hemery, persona

bajita y regordeta, apetecible, de cara insignificante con su cabello obscuro peinado liso sobre las sienes; llevaba, como Susana, un traje de tela blanca. Los dos hombres contrastaban entre ellos lo más posible, á pesar de sus trajes casi idénticos, de ligero paño gris de corte amplio, según la moda norteamericana: Archeres, alto y musculoso, con pelo abundante, un poco rojo como su barba cuadrada; tenía algo de Enrique IV en el perfil acentuado y sensual; el barón, mucho más pequeño, pero bien proporcionado en su mediana estatura, con cara simpática, ya un poco ajada, á pesar de no tener aún treinta años. La delicadeza casi femenina de su frente, de sus ojos claros, de todas sus facciones, bajo cabellos de un rubio delicado, era apenas virilizada por un bigote cortado al ras del labio.

Susana dejó la revista á la señora de Hemery.

— Oye, Teresa, dijo, el señor Archeres es de mi parecer. Es indispensable que deis una fiesta suntuosa para vuestra instalación en la avenida del Bosque de Boloña.

Sin levantar los ojos de su bordado, Teresa contestó:

— ¿Te encargas con él del programa artístico?

— Naturalmente, contestó Susana. Nada hay tan divertido. Representaremos la *Hadita*. Esta mañana, el señor Archeres nos ha cantado algunos trozos de su pieza, acompañándose al piano, á la señora de Hemery y á mí: es delicioso... Trajes regencia, pавanas, una música fina y ligera...

— Y algo de poesía, supongo, interrumpió Archeres.

— Naturalmente. Es más, tan lindos son los versos de usted, Archeres, que hasta sin música gustarían, de no ser de usted la música.

— El señor Archeres es el más gran poeta moderno, declaró intrépidamente la señora de Hemery.

Era célebre esta señora, entre sus relaciones, por las simplezas de sus dichos, que, con la mejor intención, eran, á veces, imprudentes.

Susana continuó:

— Señor Archeres, díganos usted otra vez el final del acto, ya sabe usted... las estrofas sobre los besos.

— ¡Bonita idea! exclamó la señora de Hemery. ¡Estrofas sobre besos! Cuántas cosas sabe inventar este señor Archeres!

Archeres declamó las estrofas que terminaban su pieza. La última expresaba: « que nada, en el esfuerzo humano, vale esta furtiva cosa: un beso ».

Fué muy aplaudido. La señora de Hemery declaró que semejantes versos daban ganas de besar.

No al barón Moulier, dijo Susana, que no dejaba de pinchar á su pretendiente: ¡Mírenlo!... ¡Vaya una cara! — ¿No le gustan á usted los versos del señor Archeres, amigo mío?

El barón Moulier contestó:

— No soy gazmoño; pero, la verdad, preferiría que esos versos fueran declamados en público por otra intérprete que la señorita Susana Dautremont.

— Pues bien, dijo alegremente Susana, se hará un



corte, y usted será quien los cante. El barón protestó. ¡Eso sí que no!

— ¿Por qué no? ¿Ofende las convicciones de usted, la idea expresada en esos versos? ¿Acaso no es cierto que la momentánea y ligera unión que celebran vale más que todo el esfuerzo humano?

— El barón vacilaba en contestar.

— ¡Vaya, no le molestes, Susana! dijo Teresa.

— No se defienda usted, querido amigo, prosiguió Susana. Soy de antemano del parecer de usted. Todo lo que los poetas cuentan del amor me parece muy exagerado, como á usted.

— ¡Pero yo no digo tal! repuso Moulier.

— ¿Cuál es tu parecer, Teresa? dijo Susana.

— Pienso, contestó Teresa dejando su labor, que los poetas y los novelistas dicen sobre el amor cosas que no están ni por encima ni por bajo de la realidad. Dicen cosas aproximadas, que no tienen sino una realidad literaria. El amor verdadero no puede ser relatado. No hay, pues, conveniencia ni inconveniencia en cantar los besos como con tanto acierto lo hace el señor Archeres; porque lo que él canta, no es la realidad. Es lo mismo que cantar las Musas y las Ninfas antiguas ó las Iris del siglo XVII. Todo esto no constituye sino simpáticas variaciones sobre cosas imaginarias.

— ¿Entonces, dijo Susana mordisqueando una ramilla de olmo caída sobre la mesa, existe un amor que no es solamente literatura?

— Ciertamente, dijo el barón Moulier. El amor

verdadero existe. Es preciso respetarlo y no mezclarlo en todo sin ton ni son.

Hubo un silencio. Desde lo alto de la terraza se oyó la voz de Pontmagne que, en el salón, pronunciaba:

— ¡Sin triunfo!

Susana soltó una breve risotada, y, tirando la brizna de olmo señalada con sus mordiscos, se echó de golpe sobre el respaldo de su silla.

— ¿Por qué se ríe usted, señorita? preguntó el barón amoscado.

— Por nada, contestó Susana. Porque Pontmagne ha dicho: « ¡Sin triunfo! » cual si, desde allá arriba, contestara á la hermosa frase de usted.

Nadie habló durante un largo rato. Moulier ponía ceño adusto. Teresa, ya no trabajaba. Archeres meditaba, tratando de notar, por algunos versos pintorescos, la tonalidad particular que tiene la hierba bajo la sombra de los árboles, y el color de los trozos de cielo que se entreveían por entre el poderoso armazón de un grupo de robles. En las venas de todos se insinuaba la voluptuosa dulzura del otoño; detenía las palabras, y hacía, por decirlo así, flotar las ideas. Hasta el alma de la señora de Hemery, alma ligera, de la que decía Archeres, con su habitual amaneramiento, « que debía de ser de color de malva », se llenaba de una extraña felicidad, llegando á ser el alma de una persona.

Una voz fuerte y bien timbrada habló por encima de ellos, desde lo alto de la terraza.

— Quién de ustedes, dormilones, quiere ir, esta tarde, de excursión al castillo de Birón?

Todos alzaron la cabeza. Pedro, en pie, sin sombrero, con las manos apoyadas sobre la balaustrada, les sonreía. De su reciente viaje había vuelto algo adelgazado, más moreno, y, en conjunto, rejuvenecido.

— ¡Cuidado, qué hermoso resulta mi cuñado en este momento! susurró Susana á Archeres.

Y, en alta voz, añadió:

— Yo, de buena gana iría, pero no hay más que un automóvil.

— No; el grande está ya compuesto; no era nada: un escape de un tubo de engrase.

— En ese caso, también yo, dijo Archeres.

— ¿Y también el barón, naturalmente? repuso Pedro.

— Con mucho gusto.

— Yo no, Pedro, dijo suavemente Teresa.

Desde que había éste asomado por el ángulo de la terraza, la joven no apartaba de él sus miradas. Aquello era como una atracción de imán, que obligaba á sus ojos á buscar á su marido, en donde quiera que él estaba, y á no apartarlos de él.

— ¿Por qué? dijo Pedro.

— ¿Has alvidado, querido, que papá llega en el tren de las seis?

— Es verdad, contestó Pedro. ¿Es indispensable que te quedes?

— Sí... Es la primera vez que viene aquí...

— ¿Qué, ha terminado ya la partida, allá arriba? preguntó Archeres levantándose.

— No, es que estoy muerto... Y, mire usted, me llaman: ya he resucitado.

Y con una mirada á Teresa, y un movimiento de cabeza amistoso hacia el grupo, desapareció.

— Ya sé dijo Susana, el por qué de la melancolía de Teresa: es que va á estar, durante unas horas, separada de Pedro.

Teresa se encogió de hombros, sonriéndose. En aquel momento, hacia la extremidad de la avenida que, costeano la parte baja de la terraza, iba á perderse en el parque, dos siluetas de hombres pasaron. La distancia era demasiado grande para que se les distinguiera claramente. Sin embargo, Archeres los reconoció y preguntó á Teresa:

— ¿Quiénes son, señora, esos dos ciudadanos, uno joven y otro canoso, á quienes he encontrado ya esta mañana en el parque, á eso de las nueve, y que acaban de atravesar, allá?

— El joven, dijo Susana antes de que Teresa tuviera tiempo para contestar, es el enamorado de mi hermana.

Teresa protestó.

— Esta chiquilla está loca. El joven es el hijo de nuestra ama de llaves; habita con ella, en este momento, en una antigua casa de administrador, al final del parque. El otro es un amigo de la familia; padrino del joven, y que también fué tutor subrogado de éste después de la muerte de su padre.

— Pues bien, querida señora, dijo Archeres, permítame usted declararle que el tutor parece un borracho, y su apadrinado un anarquista.

— ¿Por qué dice usted eso? preguntó vivamente Teresa. El tutor, no le conozco y poco me importa que se emborrache. Pero á Majencio Chretien le conozco desde la infancia, y respondo de él.

Susana exclamó:

— ¡Mire cómo lo defiende!... Cuando le digo á usted que no le es indiferente... Además, ella es quien ha querido tenerlo cerca; no puede negarlo.

Teresa se encogió de hombros:

— Ese pobre muchacho estaba enfermo y tenía necesidad de aire puro. Pedro y yo hemos, sencillamente, ofrecido ese albergue á una mujer que me ha servido durante ocho años.

— ¡Es usted tan buena! exclamó la señora de Hemery. ¡Qué simpática es esta historia! ¿Verdad caballero?

— Querida señora de Hemery, insistió Susana, es algo más simpática de lo que usted cree. Deje usted que le cuente toda la verdad, verdad que mi hermana calla. No bien se casó Teresa, el enamorado Majencio se cayó enfermo la tristeza.

— ¡Susana! exclamó Teresa, disgustada.

— ¿Qué? Supongo que no lo negará. Majencio se había vuelto neurasténico: tenía jaquecas; adelgazaba; los médicos no acertaban con su enfermedad.

Entonces, Teresa, que es compasiva, lo instaló aquí

no lejos de ella, con su mamá, para que pueda él verla y hablarle de cuando en cuando.

Comprendiendo Teresa que no podía hacer callar á su hermana, volvió á su bordado, aplicándose en contar puntos. Archeres preguntó:

— Y, esa poción sentimental, ¿ha curado al enfermo?

— Parece que sí, dijo Susana. Cada vez que me lo encuentro, lo veo mal peinado, pero bien de salud.

Teresa replicó:

— No es generoso, Susana, el burlarse de Majencio porque la suerte lo ha hecho menos rico y menos elegante que tú. Tiene talento y es honrado.

— Talento, es posible, dijo Moulier. Pero en cuanto á ser honrado...

— ¿Qué quiere usted decir? preguntó vivamente Teresa. ¡Majencio es el muchacho más honrado del mundo!

— Desde mi cuarto he visto al « muchacho más honrado del mundo » cometer un acto que, cuando menos, es reprehensible... Había usted pasado la mañana, señora, pintando esa senda sombreada por espesa arboleda, precisamente la que acaba él de atravesar. Allí había quedado su caballete de usted, con todos sus utensilios. Ví á su joven amigo acercarse al lienzo, contemplarlo largo rato... Y, después de mirar si alguien le veía, coger uno de los pinceles de usted, y llevárselo.

— ¡El pincel que tanto busqué! exclamó Teresa,

¡Vaya con Majencio! Cogió el más pequeño, y no tenía yo más que uno de ese tamaño.

— ¿Sería acaso un ladrón ese joven? dijo, escandalizada, la señora de Hemery.

— No hay tal, pronunció Susana: ¿No comprende usted que eso es amor? Ha querido poseer algo que los dedos de Teresa habían tocado. Seguro que lleva ese pincel contra su corazón, y por eso ha escogido el más pequeño.

— En ese caso, el acto resulta delicioso... afirmó, ya reconciliada, la señora de Hemery.

— ¡Pobre Majencio! murmuró Teresa.

— No me parece, dijo Moulrier, que merezca excusa alguna...

Fué interrumpido por la llegada de los jugadores de cartas, que aflúan sobre la terraza, bajando después, en grupos, los dos lados de la escalera,

Hemery acompañaba á la señorita Bricart, quien, empaquetada en un vestido blanco, recordaba los muñecos de nieve que fabrican los chiquillos con tres bolas superpuestas. El director del Crédito colonial era un hombrecillo seco y ajado, que de lejos parecía muy joven, pero que, de cerca, acusaba los cincuenta y tres años estampados en su cara finamente arrugada y en sus cabellos teñidos. La mala lengua de Susana decía de él: «Está bien conservado, en toda la extensión de la palabra, como una conserva de marca».

Detrás de ellos venía Pedro, acompañando á Pontmagne, el teniente fiscal, alto y un poco cargado de

hombros, cuya cara sería, simpática, adornada por abundante cabellera oscura, recordaba los tipos de la Fronda, por la forma de su bigote y de su perilla.

Hemery sermoneaba á la institutriz:

— Había que no echar triunfo otra vez; sabía usted que Pontmagne tenía poco juego: lo lógico era fallar su baza, con lo cual salvaba usted su último triunfo.

Se había parado al pie de la escalera, y la señorita Bricart con él. Gesticulaba febrilmente; las venas de su frente estrecha se hinchaban.

La institutriz contestó con placidez:

— Es verdad, he jugado como una tonta. Pero, al aceptar el ser su compañera de juego, yo no le prometí á usted hacer maravillas.

— Lo cierto es, en efecto, replicó Hemery, que no era posible jugar más tontamente.

Los dos grupos se reunieron.

— ¿Por qué, exclamó Teresa, las personas más corteses pierden su cortesía en el juego? Ahí tienen ustedes al señor Hemery, cumplido caballero, que acaba de faltar gravemente al respeto á la señorita Bricart, tratándola casi de tonta.

— Señorita pido á usted mil perdones, dijo Hemery.

La institutriz se inclinó sonriéndose. Archeres insinuó:

— El juego revela los verdaderos caracteres, disimulados bajo la cortesía corriente.

— Gracias por la parte que me toca, dijo Hemery.

— Y eso que, continuó Pontmagne, el juego á que

hemos jugado no es, propiamente hablando, un juego de dinero... ¡ Pero los juegos de apuestas de consideración! ¡ El bacará... el treinta y cuarenta... la ruleta! ¡ Ah! es donde se muestra la gente tal como es! Sobre todo las mujeres. Recuerdo una visita á Monte-Carlo, efectuada con uno de mis amigos y su mujer, la cual era un ser fino, tierno, irresistible. Una noche la vi en la ruleta: no era la misma. Hubiérase dicho que se había quitado la careta: qué afán de lucro, qué ferocidad se lefan en su mirada fija, en la tensión de sus facciones... Dos años más tarde, la mujercita trataba de envenenar á su marido, con la ayuda de un cómplice.

— Vean ustedes adónde conduce el juego, dijo Susana riéndose. ¡ Ojo, mucho ojo, señora de Hemery!

— ¡ Oh, dijo cándidamente ésta, no tengo miedo de que me envenene mi marido: le soy harto indiferente!

Esta contestación fué saludada por una franca risotada de todos. Pedro dijo:

— Pido un momento de silencio. ¿ Cuento con cada uno de ustedes, excepto Teresa, para la excursión de Birón?

Las voces respondieron:

— Sí.

— Entonces, cita á las tres en punto en la escalinata del oeste, en donde nos esperarán los dos automóviles.

Todos, ahora, estaban en pie. Archeres, Pontmagne y el barón rodeaban á Susana; la señora de Hemery se hacía explicar por la señorita Bricart la historia del castillo de Birón. Pedro tomó el brazo de su mujer. Se aislaron á pasitos por la senda misma en que, momentos antes, Majencio y su tutor habían sido vistos.

— Me entristece, dijo Pedro, el estar lejos de ti toda la tarde.

Sus dos miradas se unieron, quedando así largo rato, con tanta fuerza y tanta dicha, que tuvieron que pararse; y así estuvieron inmóviles, hasta que sus ojos se desasieron. Sin una palabra, prosiguieron lentamente su camino, hasta llegar al final de la senda. Y regresaron. Los invitados, al pie de la terraza, se separaban: unos se fueron hacia el parque, otros subieron la escalera hacia el castillo. Pedro dijo á Teresa:

— Voy á encargarte de un asunto fastidioso.

— ¡ Qué placer, si puedo ahorrarte una molestia!

— Puedes. Se trata de ese Couderc, que está hoy en casa de los Chretién. Déjame decirte, primero, que no comprendo cómo los Chretién reciben á semejante tipo.

— Es el padrino y antiguo tutor de Majencio... ¿ No es simpático ver á los Chretién, que son pobres, tratar de hacer por ese desdichado lo que nosotros hacemos por ellos? La viuda Chretién me ha dicho que no está muy allá y que ellos le han pagado el viaje para que pueda reponerse un poco, en este su país.